

**«Quisiera tener esa cara»**

*IX Asamblea de la Federación Nacional de los Bancos de Solidaridad  
9 de diciembre de 2012 – Pime, Milán*

**Andrea Franchi:** Doy la bienvenida a todos los que estáis aquí y a todos los amigos que están conectados desde más de sesenta ciudades en Italia. Doy las gracias antes que nada a don Eugenio, que ha aceptado la invitación de venir a ayudarnos a ir al fondo de la experiencia que vivimos.

Empiezo diciendo porqué hemos elegido el orden del día que os ha llegado como punto de partida para el trabajo de esta asamblea. Durante este año he conocido a muchas personas que me preguntaban: «¿Cómo es posible que tantas personas empiecen o vuelvan a empezar la caritativa? ¿Cómo es posible que en cinco años los *Bds* hayan pasado de unos 90 a 216?»

Para responder a esta pregunta con lealtad, he tenido que mirar a lo que ha sucedido últimamente en mi vida y en la de tantos otros: el renacimiento de mi humanidad, el crecimiento de mi humanidad. Un gozo en la vida que jamás había tenido, que viene del descubrimiento de la relación con Cristo. Cuando se hace una experiencia como esta, la experiencia de este gozo, de una humanidad que más allá de determinadas circunstancias puede alegrarse porque sabe que este gozo es posible en la relación con Jesús, nace un afecto, una adhesión a los grandes gestos educativos que don Giussani nos ha enseñado, que son la Escuela de comunidad y la caritativa.

Este afecto a la caritativa nace cuando me miro – y os miro a muchos de vosotros – desde el descubrimiento del gusto por la vida, que sucede porque la vida está en relación con Él. Esto es lo que quiero descubrir cada vez más, en lo que quiero profundizar cada vez más. Y para ello, me pego a los instrumentos que me ayudan en este trabajo.

Por este motivo, cuando preparábamos esta asamblea, no podíamos dejar de partir del seguimiento a Julián Carrón volviendo sobre el desafío que nos lanzó en la Jornada de inicio de curso.

Por tanto, este es el orden del día, que leo para empezar:

*«Jamás permite Dios que suceda algo que no sea para nuestra maduración, para que maduremos. Más aún [he aquí la prueba que Giussani nos propone para verificar si estamos madurando], en esto la fe demuestra su verdad: en la capacidad que cada uno de nosotros y cada realidad eclesial (familia, comunidad, parroquia, Iglesia en general) tiene de valorar como camino de madurez cualquier objeción, persecución o prueba; y en la capacidad de convertir todo esto en instrumento y ocasión de maduración». ¿En qué consiste nuestra maduración? En la maduración de nuestra autoconciencia, es la generación de un sujeto capaz de tener esta consistencia en medio de todas las circunstancias de la vida. Porque las circunstancias introducen una lucha: “Entonces, es la lucha lo que nos mantiene despiertos. Porque esta lucha es la trama normal de la vida; nos mantiene despiertos, es decir, madura en nosotros la conciencia de cuál es nuestra consistencia y nuestra dignidad, que está en Otro”. Las circunstancias se nos dan para que madure en nosotros la conciencia de cuál es nuestra consistencia, para que seamos verdaderamente conscientes de que nuestra*

*consistencia está en Otro*». (J. Carrón, “La vida como vocación”, *Huellas* n.9/2012, p. V).

*«¿Cuándo me he sorprendido a mí o a mis amigos viviendo esta experiencia nueva de relación con la realidad en la experiencia de caritativa que hago».*

**Elisa (Pavía).** Quisiera contarte la experiencia que he hecho recientemente con la familia a la que le llevo la caja desde hace dos años y medio. Esta familia empezó a estar necesitada cuando la mujer cayó enferma y ya no podía trabajar porque tenía problemas serios en una pierna. Durante estos años los problemas han ido a más, y también mi afecto a esta familia: hasta el punto de que he empezado a ocuparme de sus hijos, del uniforme del que acude a una escuela de hostelería, del mayor, que ha dejado el colegio y no encuentra trabajo. Últimamente me he dado cuenta de que su necesidad es infinita, no sólo porque las circunstancias se complican cada vez más, sino en el sentido de que aunque encontrase la solución a todos sus problemas, seguirían necesitando de Otro para poder respirar.

Este reconocimiento ha sido todavía más evidente desde este verano, cuando han detenido al marido acusado de robo y las condiciones de la familia han empeorado notablemente. La última vez que les llevé la caja no fue muy bien: la mujer estaba enfadada porque después de haber pasado más de una mañana entre el viaje y la espera en la cárcel para ver a su marido, él le había dicho: «¿Por qué has venido sin traer a los niños?». Ella me dijo enfadada: «Veamos si cuando vuelva a casa todavía estamos juntos». Sin embargo yo estaba alegre después de haberla visto y me preguntaba por qué, qué hacía posible esa plenitud en una situación así. Después de una hora, la mujer vuelve a llamarme para contarme que había ido con su hija al hospital para una revisión. Inmediatamente fui a buscarles para llevarlos a casa y volver a verlos. Por su parte nunca han preguntado quiénes somos o por qué vamos a verles todos los meses: en apariencia es como si no les hubiese pasado nada. Sin embargo yo creo que ha sucedido todo.

Los días siguientes descubrí que, con la experiencia que había hecho en la caritativa, podía vivir la difícil situación que estábamos pasando a causa del trabajo de mi marido sin desesperarme y experimentando – entonces y todavía ahora– una certeza y una esperanza impensables.

La relación con esta familia se ha convertido en la ocasión privilegiada de reencontrar la Presencia que me hace estar alegre y que es la única que puede dar esperanza a la necesidad de ellos y la mía. Y me doy cuenta de que me ayuda a verificar la propuesta que se nos hizo en la Jornada de inicio de curso: «La razón del valor de las circunstancias es sencilla: “Dios no hace nada por casualidad”. Esta es la única lectura verdadera de la realidad, de las circunstancias. ¡Nada de significados ocultos (en los que muchas veces nos paramos hasta cansarnos)!»

**Marco (Cambiago, Milán).** Formo parte del Banco de solidaridad de Cambiago desde hace casi cinco años. Empecé la caritativa por casualidad. Quizá pensaba simplemente «qué buen tipo soy que llevo una caja de alimentos. ¡Qué bueno soy!» Después, con el paso del tiempo, me di cuenta de que según conoces personas nuevas (como Antonio,

que ha muerto solo en casa), entiendes que no se muere sólo de hambre y pobreza, sino de soledad; que hay quien no tiene un pariente, una familia, un amigo. Con el paso del tiempo, esta experiencia que he hecho junto a algunos amigos me ha enseñado que he recibido más de lo que he dado.

En estos últimos meses hemos ayudado a una joven familia albanesa, con graves dificultades económicas que – a pesar de nuestra ayuda -, se ha visto obligada a volver a Albania. Me impresionó una frase que me dijeron: «Marco, te agradecemos mucho tu ayuda: cuando volvamos a casa y veamos personas que pasan momentos difíciles de zonas más pobres que la nuestra, les miraremos de otro modo, como nosotros nos habéis mirado». Estoy convencido de que esto sucede sólo porque somos las manos de Cristo, por lo que doy gracias a Dios.

**Licia (Malnate, Varese).** Este año, poco antes de la Jornada de Recogida de alimentos, se sumó otro centro de alimentación en nuestro pueblo, y mi sobrino Jacopo y yo hicimos el turno del medio día. En este supermercado la única mercancía que había en los estantes era alimentos frescos, todo lo demás estaba apilado en grandes cajas. La mitad de los clientes que entraban eran extranjeros, de todas las razas. Mi sobrino y yo los parábamos sin hacer distinciones y debo decir que casi todos colaboraron con nosotros. Os aseguro que en los carros en que llevaban su propia compra sólo había lo esencial. Pero además algunos venían a darnos las gracias por lo que hacíamos, porque así, según ellos, ayudábamos a sus “hermanos” que estaban peor, lo que me conmovió mucho.

El resto de los clientes eran italianos y estaban bastante enfadados. Algunos me mandaron literalmente a hacer puñetas. A una señora en particular le grité, mientras se iba, que si quería le invitaba a un café cuando terminase de hacer la compra. Después de un rato, volvió y me dijo: «Todavía estoy enfada y estoy pasando por un momento difícil, pero me siento afortunada porque mis padres me ayudan y puedo hacer la compra». Y mientras decía esto me dio un paquete de pasta.

Un poco después entra una mujer que viste de manera descuidada. Me acerco a pedirle que colabore en la colecta pero ella me interrumpe, abre el monedero y dice: «Mira lo que tengo, ni siquiera sé lo que podré comprar». Cogí el poco dinero que llevaba yo en el bolsillo y le dije que lo usase como mejor le pareciera. Cuando salió me dio la mitad de las cosas que había comprado, lo que me descolocó porque jamás habría esperado un gesto así. Tuve muchos encuentros inesperados, de los que cuento uno en particular. En cierto momento entra un travestido. Mi sobrino en seguida dice: «¡Tía, a ese no!». Sin embargo fui hacia él y le pedí que colaborase. Cuando salió me dio una lata de guisantes y otra de tomate y pidió perdón por no haber traído nada más. Después, descolocándome por completo, dijo: «Normalmente las personas con las que me encuentro me toman el pelo o les doy asco. En cambio tú me has tratado por lo que soy, y te lo agradezco. ¿Puedo darte un abrazo?».

Por la noche, durante la cena, mi sobrino me dijo: «Tía, el año que viene quiero volver a ir contigo a la Recogida», lo que me hizo dar gracias por todos los encuentros que habíamos tenido. Y pensé que aunque no habíamos recogido mucha comida en aquel supermercado, esos alimentos tenían un valor añadido que normalmente no tienen. Los

encuentros que hemos hecho han sido una gracia tan grande que me han hecho venir hoy aquí a contarlos.

**Maurizio (Rapallo, Génova).** No tengo ningún episodio particularmente interesante que contar, las personas a las que asisto no tienen historias especiales. Sin embargo, después de la Jornada de inicio de curso empecé a mirar con simpatía la torpeza y la inadecuación con la que he vivido desde siempre el gesto de llevar la caja. Porque en las imágenes que tenía de mí y mi acción siempre trataba de estar a la altura de la situación, siempre dispuesto a añadir la palabra justa o una interpretación correcta. En cambio, cada vez que hago la caritativa es un baño de impotencia total. Sin escapar a esta experiencia de mi límite, empecé a amarla sin buscar alternativas para mejorar la eficacia del gesto o eliminar lo que me parecía que no iba bien, sino siendo fiel a él, no por coherencia o un cierto estoicismo, sino por lo bueno que suscita en mí; como por ejemplo una mirada más irónica cuando me miro al espejo por la mañana, o al mirar a los demás o el día que tienes por delante.

**Paolo (Varese).** Quisiera contaros la experiencia que he hecho estos años con una familia de la Costa d'Avorio a la que atendemos en el *Bds* de Varese. Son ocho personas, marido y mujer con seis hijos: los dos mayores son de un matrimonio anterior del marido y los otros cuatro más pequeños son de su actual mujer, que se llama Olivia, a través de la cual conocimos a esta familia.

La cosa fue así. Soy médico y hace unos años, ella estaba embarazada de su penúltima hija, que se llama Erika. Un compañero mío había conseguido convencerla de que no abortase y después vino a decirme si no podíamos atenderla en el *Bds* de Varese ya que soy de allí. A partir de esta circunstancia empezó la historia con ellos, que en los últimos años cada vez se ha hecho más dramática: bien por la pobreza – son ocho y sólo trabaja uno, cuya empresa está ahora en expediente de regulación de empleo -, bien por las discusiones entre ellos. No se hablan, por lo que entrar en esa casa es cada vez un drama. Una de las últimas veces que fuimos a verles le dije a la mujer: «Mira, tienes una enfermedad crónica grave. ¿Haces por curarte? ¿Te tomas las medicinas? ¿Por qué no vas a Milán a que te vea este compañero mío?». Y ella responde: «No tenemos dinero y encima no nos hablamos; el poco dinero que entra no me llega, y hace meses que no tomo las medicinas». Entonces le di dinero y le dije: «Mañana te coges el tren y vas a Milán, porque si no estás no puedes sostener a tu familia».

El día siguiente me llamó y me dijo que su hija se había puesto enferma, la había tenido que llevar al ambulatorio y ahora tenía que ir a la farmacia a comprar medicinas: «Dime que tengo que hacer con el dinero que me has prestado». Le dije que lo gastase en su hija. Después, totalmente desconsolado, llamé a este compañero que trabaja en otro hospital y le dije: «Esta es la situación: ella no sigue el tratamiento desde hace meses, no tienen dinero y realmente no sé qué hacer». Y él respondió: «Voy yo a verla». Empezó a visitarla en Vergiate, donde vive, le llevó las medicinas, etcétera.

Para mí este es el primer gran motivo de agradecimiento del gesto de la caritativa, porque lo que ha hecho mi amigo ha introducido en mí una medida diferente, que me ha sorprendido, inesperada. Entre otras cosas porque él tiene sus propios problemas, tiene

hijos en acogida; no es evidente que se moleste en ir a Varese a curarla, lo que ha sido una provocación grandísima para mí.

También estoy agradecido porque el sentido de impotencia que surge ante el caos de esa familia hace que emerja, cada vez que voy a verles, la lucha a la que te referías al principio y a la que nos llamaba Julián, que te permite reconocer qué puede hacer que permanezcas en pie ante una situación así, que se te escapa la tomes por donde la tomes.

**Don Eugenio Nembrini.** Me impresiona mucho lo que habéis contado acerca del momento que estamos viviendo. Se entiende a partir de lo que decís que la situación es verdaderamente caótica. Es como si la tranquilidad económica que vivíamos hasta hace algún tiempo -- sobre todo aquí, en esta región -- hiciese de tapadera que escondía todo lo que bullía en la olla. Después llegó la crisis económica y ha puesto todo al descubierto. ¿Qué ha puesto al descubierto? Una debilidad impresionante. Una debilidad infinita en la necesidad, en el gusto por la vida, en la conciencia. No sólo en el caso de los africanos o los albanos.

Lo primero que se me pasa por la cabeza al escucharos es una pregunta: ¿Cómo nos las arreglaremos? ¿Cómo haremos para responder a toda esta necesidad? El año que viene, probablemente, la necesidad será todavía mayor. Es un recorrido muy duro, muy difícil. Me viene en mente mi amigo Dima, de Kazakistan, que me decía: «¿Sabes, don Eugenio? Me acuerdo siempre de Adán y Eva. Son los primeros hombres, vivían en el Paraíso terrenal, lo tenían todo. Vivían la situación más extraordinaria que un hombre podía vivir, había de todo: Dios que los había hecho y el Paraíso terrenal. Si nos imaginásemos un mundo en que todo vaya perfectamente, pues bueno, sería ese. Lo tenían todo y lo perdieron todo». Después añadió: «Fíjate que somos tan estúpidos que pasamos toda la vida intentando reconstruir el Paraíso y reconquistar lo que ya hemos perdido. Y no nos damos cuenta de que ya hemos perdido lo que teníamos porque en cierto momento de la vida uno cree que puede bastarse a sí mismo; uno, en el fondo en el fondo, cree que está a punto». La primera gran cuestión que me fascina es esta lucha de la que hablábamos al principio. Cuántas veces pienso en que puedo arreglármelas solo: no arreglar el mundo, porque sabemos que no podemos, pero por lo menos mi vida sí. La cuestión es que, en el fondo en el fondo, la gran perspectiva es huir de la lucha; encontrar un momento, una circunstancia, una situación que me permita estar tranquilo. Pero lo que habéis dicho, lo que habéis empezado a contar, es que la lucha, en cambio, la gran lucha entre la afirmación de uno mismo y la afirmación de Otro que está presente y me ha querido será durísima hasta el final. La gran lucha, la gran batalla, el gran trabajo en el que poco a poco, y cada vez más, la caritativa nos está educando es reconocer y ceder a lo que el Papa no deja de repetirnos últimamente: «Dios se interesa por nosotros, nos ama, ha entrado personalmente en la realidad de nuestra historia, se ha auto-comunicado hasta encarnarse. Dios es una realidad de nuestra vida; es tan grande que también tiene tiempo para nosotros, se ocupa de nosotros». De forma muy sencilla, pero esta mañana ha empezado a hacerse más carnal para mí: Dios es tan grande que se ocupa de mí, tiene tiempo para mí. Hemos oído antes: «Cuando volvamos a Albania, nuestra mirada será distinta, porque empezaremos a mirar lo que Dios nos ponga delante como nos habéis mirado nosotros». Este, amigos, es el gran milagro que está

sucediendo y que tenemos que desear: una mirada tierna y grande sobre nosotros. La única mirada que mueve el corazón (porque es lo que estáis contando: una mirada así mueve el corazón de los hombres), que aferra mi corazón y el corazón de los hombres. Hasta el punto que uno se mueve a su vez a imitación del que tiene el corazón aferrado por esta mirada.

Dios es tan grande que tiene tiempo para mí. Es lo que esta mañana se está haciendo carne para mí. Quiero una mirada así sobre mí, porque esta es la necesidad de todas las mañanas cuando me levanto. Sin duda esta mirada se hace carne dentro del gesto extraordinario que estamos viviendo. Pero todo el trabajo, toda la tarea, la gran lucha (fijaos que es así) o es un intento de reconstruir el Paraíso perdido (inútil, porque no somos capaces) o ceder a esta iniciativa, a este “antes” que sucede antes que cualquier otra cosa. ¿Qué es este “antes”? Que Dios tiene tiempo para mí. Y cada día, cada instante, cada encuentro como el de hoy, es la iniciativa extraordinaria de Dios que sale a tu encuentro y te dice: «Eugenio, estoy aquí. Eugenio, tengo tiempo para ti. ¿Tú tienes tiempo para mí?».

**Marco (Como).** Quisiera contaros nuestro encuentro con Nuccio, hace dos años – él tendría que estar aquí esta mañana, pero no ha podido venir por motivos de trabajo --.

Nuccio nos conoció a través de un artículo en el periódico que hablaba de nuestra actividad. Buscó la forma de ponerse en contacto con nosotros y me llamó. Me dijo que tenía que hablar conmigo y le invité al Banco. Estaba desesperado. Nos habló de su situación: había perdido todos sus negocios, su casa había salido a subasta, le habían embargado el coche y hasta los vecinos con los que había convivido durante treinta años lo evitaban, ya no le saludaban. Me afectó profundamente. Él decía: «Ya no puedo más, no sé dónde esconder la cabeza, me da vergüenza salir de casa, mis vecinos me miran como si fuera un criminal».

Me contó toda su historia, que su padre estaba bien acomodado, era propietario de inmuebles, de bares, etcétera. A los veinte años su hermana se enamora de un chico y bien pronto, quizá demasiado tarde, se dan cuenta de que es “un pieza”. En resumen, empiezan a mermar los recursos de la familia y a los pocos años todos acaban en la calle. Él, que andaba por ahí con un Rolex y un Porsche, se queda con lo puesto. Ni siquiera tiene dinero para vivir y mantener a su madre.

Ante todo esto, le remitimos a un amigo nuestro que es abogado y le dijimos que podíamos ayudarlo. Él dijo: «Estaba verdaderamente desesperado. Es la primera vez que me abro a alguien. Hacía ya un año que no me quedaban palabras para hablarle de mí a nadie». Le dimos la caja y nos fuimos. La semana siguiente fuimos a verle y nos dijo: «Os estoy muy agradecido, ¿puedo pedirlos algo? ¿Os gustaría que fuese al Banco de solidaridad y os echase una mano? He estado inquieto toda la semana: no porque estuviese desesperado, sino porque buscaba una excusa para veros otra vez». La semana siguiente vino a hacer cajas con nosotros, a colocar los alimentos. Y nos dijo: «Cuando volví a casa, le hablé a mi compañera de este encuentro que me ha cambiado la vida». Después añadió: «Lo que más me asombra es que ha sucedido algo que me ha cambiado. El odio que sentía al que me ha arruinado poco a poco se ha transformado en perdón. Hasta he llamado a mi hermana, a la que no veía desde hacía cinco años, y le he

pedido que nos encontrásemos. Cuando la he visto, nos hemos abrazado conmovidos y nos hemos dicho que teníamos que vernos al menos una vez cada quince días. Le he arrancado una promesa: «Tienes que venir conmigo al Banco de alimentos a conocer a mis amigos: no sé decirte qué me ha pasado, pero tienes que venir a conocerlos». Y así, cada semana viene a vernos ella también.

La relación con Nuccio es un continuo desafío por todo lo que ha sucedido. Y no puedo dejar de reconocer que ante él – y ante todo lo que pasa en el *Bds* – tengo que llegar a admitir que Cristo está presente. Porque lo que le ha pasado a Nuccio y lo que me ha pasado a mí me obliga a reconocer este hecho.

En esta experiencia he entendido lo que Julián decía: «Nuestra vida se apoya en una plenitud». Y lo más interesante es que cada día pido esta “plenitud”.

Ahora Nuccio tiene un trabajo, es asistente, pero sigue viniendo al Banco.

**Don Eugenio Nembrini.** Tenía los Porsche y las casas, lo ha perdido todo. ¿Para qué ha perdido todo? Sin duda le han jorobado. Pero impresiona que alguien, en la pobreza total, en la más absoluta de las necesidades, busque a su hermana y la vuelva a abrazar. ¡Venga, esto no es algo que pueda venir del hombre, no es cosa nuestra! Todos sabemos lo duro que es perdonar: si encima la cuestión tiene que ver con el dinero, ya es imposible y se va a degüello. Lo que estamos diciendo es el signo más evidente de que Dios obra entre nosotros, que Dios es tan grande que tiene tiempo para mí y tiene tiempo para cada uno de nosotros.

Pero lo que me parece más fascinante no es que este cambia y luego cambia el otro: cuánta gente ha cambiado en estos años... El desafío es si esta mañana cambio yo. Porque uno podría haberse levantado esta mañana (también nosotros, también yo: todos) preocupado ya por otras cosas: yo tengo que preparar los apuntes de lo que voy a decir, la secretaría tiene que pensar en cómo va a colocar la sala, vosotros tenéis que pensar en la intervención que vais a hacer. ¿Pero quién entre nosotros, esta mañana (me parece que esta es la gran cuestión), se ha levantado con la certeza, con la conciencia, con la autoconciencia de que ha abierto los ojos sólo porque Alguien le ha querido? No es que hayamos abierto los ojos porque es normal abrir los ojos por la mañana, sino porque Alguien ha vuelto a tomar la iniciativa conmigo hoy y me ha dicho: «Eugenio, te quiero».

Empiezo a entender, empiezo a intuir una frase que nunca he entendido demasiado bien – porque la comparaba con cómo vivía – y que Giussani no dejaba de repetirnos: «El día es siempre el desarrollo de la conciencia que tienes cuando das el primer paso al levantarte de la cama». No sé vosotros, pero yo he intentado levantarme de la cama así. A lo mejor hasta rezo el *Ángelus*... Pero la conciencia real de que Dios hoy ha vuelto a tomar la iniciativa conmigo hasta el punto de que me quiere, me ha querido también esta mañana... Si hay algo claro es que esto es lo único que no puedo darme. Podemos ayudarnos en todo lo demás, pero esto no me lo puedo dar. Y es como si Dios me dijese en el día: «No es que tengas que esperar algo distinto hoy». Cómo decir: me olvido hasta las ocho, después veo a un amigo que me recuerda... ¡No! El inicio de la jornada está ya cargado, lleno de la densidad de Su iniciativa. Es como si Dios, por la mañana, me dijese: «Ahora ve, ve a verificar esta iniciativa que yo he tomado queriéndote».

Así el encuentro con la necesidad del otro, con la tuya, la famosa “circunstancia”, es el lugar real de este diálogo continuo entre Dios, que ha tomado y toma la iniciativa, y tú que cedés, cedés a su iniciativa. Es algo totalmente distinto. En el fondo, todo lo que nos está sucediendo, incluso los regalos extraordinarios como estos amigos que Dios nos hace encontrar y que nos pasan por la izquierda y la derecha con su humanidad (realmente nos superan), todo esto es iniciativa de Dios, no una cosa tuya. Todo esto lo permite hoy Dios para que cuando nos vayamos a la cama, y después, mañana por la mañana, cuando cada uno de nosotros se levante, crezca la conciencia con la que podemos decir: «Vaya cosa, Dios me ha querido y me quiere». Y cuando te levantes, cuando comiences el día, cuando vivas, será un continuo afirmar y volver a saborear esto. Un hombre así es una roca en la vida, un hombre que está en pie. Porque lo único que necesitamos, lo único de lo que el mundo tiene necesidad, es un hombre que esté en pie. No porque sea fuerte, no porque haga bien las cosas, si no porque Dios toma la iniciativa contigo y tiene tanto tiempo que tiene tiempo para cada uno, tiene tiempo para mí.

**Guglielmo (Gavirate, Varese).** He venido aquí para expresar mi gratitud a esta historia. Hace unos años, en un encuentro como este, nos lanzaste la provocación: «¿Para qué sirve llevar la caja?» Y para mí, que me sentía un experto de la caridad, fue la punzada que me hizo empezar a tomar en serio lo que estaba sucediendo, tomando un poco de distancia de lo que me era donado (que yo creía que gestionaba). Ha sido todo un camino, con el que tengo que hacer ahora las cuentas y reconocer que ha sido una parte fundamental de mi vida.

Hace un año y medio mi mujer enfermó gravemente de una enfermedad degenerativa bastante grave. Hasta el punto de que ya apenas puede caminar y le cuesta hasta hablar y hacerse entender. Y ahí, otra vez, he tenido que empezar desde el principio: «Soy un experto en esto, yo hago y lo pongo todo a punto». En cambio, mirando, me daba cuenta una vez más de que prevalecía mi esquema y la lucha seguía siendo la misma.

Hay una evidencia, una modalidad casi misteriosa donde te quiebras y se abre la vida ante ti, aunque trates otra vez de ser tú el que gestiona. Ha sido la ocasión de cambiar de posición: de mirar a mi mujer según lo que le estaba sucediendo y que podía ser verdaderamente la ocasión para ella y para mí de santificar todavía más el sacramento del matrimonio, sobre el que teníamos tantas otras expectativas.

Antes mi preocupación era que mi mujer pudiese levantarse sola por la mañana. Pero todo ha cambiado con el paso del tiempo, porque antes se levantaba sola y ahora tengo que levantarla yo. Esto me ha impresionado: tanto al verla levantarse o levantarla yo, me sorprende diciendo «gracias, Jesús» porque en ese momento ella está. Y eso me hace amarla de una manera de la que sólo no sería capaz.

La otra cosa que me impresiona es que soy básicamente un animal y mi humanidad sale siempre a la luz. Y por la noche, cuando hay que acostarla, tengo hechos todos mis cálculos: tengo que dormir equis horas y quisiera marcar los tiempos yo. Como soy albañil, si me despierto siete u ocho veces por la noche, por la mañana es duro empezar ya cansado. En cambio descubrir – y no es por mi mérito, os lo juro – que puedo pedir a

Jesús que me haga amar lo que me está sucediendo, es verdaderamente ir al fondo con docilidad para entender lo que nos está pidiendo.

Son por tanto dos cosas: dar gracias porque Él está y amar lo que nos está dando. Es difícil, pero entiendo que pidiéndoselo a Él soy capaz de querer a mi mujer. No sé cómo irán las cosas, sobre todo en lo que se refiere a ella. Pero, viendo lo que sucede alrededor de mí, me doy cuenta de que esta certeza no viene de una decisión mía: como mi hermano, que los viernes por la noche va a rezar el rosario con un grupo de mujeres de nuestro pueblo... Son hechos concretos. Y cada vez me asombra más que en una situación así sucedan tantas cosas. Y se te abren los ojos, y te das cuenta de que Alguien está trabajando por ti. Y es el camino que se te ha dado para ampliar la mirada. Por tanto, gracias.

**Don Eugenio Nembrini.** Guglielmo podría ser un cartel publicitario de que la vida es bonita: «Compra este producto, que la vida te irá bien...». Y en cambio nos está diciendo que la vida es enormemente complicada. Lo conocí en un encuentro en el que también estaba su mujer, que nos contó algo de su historia, de su matrimonio, de manera que nos dejó algo aturcidos también a nosotros. Dijo: «Nos casamos cuando ya éramos un poco mayores». ¿Y qué desea una pareja un poco ya mayor? Tener un hijo. «Este era el bien que esperábamos, nuestra idea. Y en cambio Dios nos hizo otro regalo: la enfermedad». Y yo le pregunté: «¿Cómo que “nos ha hecho otro regalo, la enfermedad”?». Y ella: «Sí, así es». Y empezó a contarnos.

Lo que me impresiona no es lo que nos decimos: con palabras nos la podemos colar, pero la cara no miente. ¿Quién de nosotros no quisiera tener la cara de Guglielmo? Si fuésemos leales hasta el fondo, ¿quién no la quisiera tener? La necesidad que todos tenemos, la gran necesidad que grita todas las necesidades del mundo, es que estamos hechos para tener una cara así. ¿Cuál será la circunstancia, la vocación, la forma, el trayecto, el camino que Dios permita para llegar a tener una cara así?

Me parece que lo primero que nos estamos diciendo es que el camino *tal como nos es dado*, tal como nos lo regala el Señor – es decir, las circunstancias de las que está hecha nuestra vida – son el camino (y no algo que nos es enemigo, que está contra nosotros) para que cada uno tenga una cara como esta.

Decir que la realidad es positiva, que las circunstancias son positivas, se dan para nuestra madurez, es decir: todo es para que yo, yo, mi mujer, mi hijo, y el mundo entero, tengamos una cara como esta. Qué cosa poder mirarme, poder mirarte, poder mirarnos, sabiendo que no es poesía, que no es que nos contemos cuentos, “estupendos cristianos” que hacemos el bien a los demás; sino que esta cara es el destino al que estamos llamados. Desde ahora y en la plenitud, cuando Dios nos de la Gracia de poderle ver cara a cara.

**Andrea Franchi.** Viendo tantas cosas que nos suceden, y las que nos estamos contando hoy, o recordando aquella velada con Guglielmo y su mujer, se hace evidente – y nos lo estamos diciendo -- que somos objeto de una gracia. Una de las cosas que más me impresiona es que Julián continúa desafiándonos a hacer un trabajo. Y como yo (no sé vosotros) quiero tener una cara como la de Guglielmo, el verdadero problema de mi

vida es tener esa cara ahí. Es decir, saborearme por entero en este “trabajo”. Lo quiero verificar, quiero entender qué es. En definitiva, quiero aceptar el desafío. Y hoy he entendido un poco más qué es. Por ejemplo, recordando esa velada, su mujer dijo: «Pedíamos a Jesús un hijo, me ha dado la ELA. Ahora quiero entender qué hay para mí dentro de este don». No «he entendido lo que hay», sino «quiero descubrirlo». Diríamos hoy: «Quiero hacer este trabajo para entender qué es». O bien, volviendo a las intervenciones de esta mañana, Elisa dice: «Salgo de esa casa y no estaba triste y desconsolada, sino alegre». Y me he dicho que yo también he hecho la experiencia de alegría muchas veces. Pensando por ejemplo en nuestro gesto de caritativa, muchas veces he vuelto a casa alegre. Pero Elisa añadía: «He salido alegre y me he preguntado “por qué”».

Intuyo que este es el comienzo del trabajo: descubrir qué ha sucedido allí para mí. Porque muchas veces he vuelto a casa de una circunstancia que me ha hecho estar alegre, diciendo: «Estoy contento». Punto. Sin hacer nunca un camino, un recorrido, un trabajo para descubrir *qué* me ha hecho estar alegre. ¿Basta llevar tres kilos de arroz a casa de una familia pobre para volver contento a casa? ¿Basta para resolver el problema de la vida? Si fuese así, si fuese algo automático, habríamos resuelto el problema de la desdicha en el mundo: todos los hombres que tuviesen este “problema” (es decir, todos) cogerían una caja y la llevarían. Así vuelvo contento a casa y todo está arreglado. ¡No! Sucede, me hace estallar el corazón, me descubro alegre y me pregunto: «¿Por qué? ¿Quién? ¿Qué ha sucedido allí?».

La Caritativa y la Escuela de comunidad me sirven para descubrir qué es lo que me ha hecho estar alegre. Cuando el amigo de Como (un millonario que lo pierde todo, se convierte en un mendigo y va a llamar a la puerta del *Bds*) ha encontrado un trabajo no ha dejado de ir a ayudar al almacén del Banco. De hecho, cuando le conocí, había encontrado un primer trabajo (no el de asistente). Imaginaos: de millonario a mendigo, después conoce a estos amigos a través de los cuales no sólo se despierta su humanidad, sino que le encuentran un trabajo con el que consigue mantenerse y mantener a su madre. Podríamos decir: «El problema está resuelto, tengo dinero, todo está arreglado». Pero puesto que el problema verdadero es otro, cuando iba a firmar el contrato, le dijo al que le daba el empleo: «Gracias, pero yo el miércoles tengo que salir a las cuatro de la tarde para ir al *Bds* a colocar las estanterías». ¿Nuccio tenía el problema de ayudar a los pobres de Como? ¡No! El tenía el problema de educarse a sí mismo. Dentro del “segundo” problema que tenía, que era el de encontrar un trabajo para mantenerse y mantener a su madre, él estaba definido por el encuentro con Cristo – más allá de la conciencia que tuviese –, por el encuentro con esos amigos. Por lo que: «Tú me ofreces un trabajo y yo te lo agradezco, pero a las cuatro tengo que salir porque allí hay algo que responde a mi verdadera necesidad».

Hablando de gracias, hoy tenemos la gracia de tener con nosotros a unos amigos de Madrid que comparten la experiencia de caritativa del Banco de solidaridad. Invito a mi querido amigo Manute a que venga al micrófono y nos cuente la experiencia que vive con sus amigos. Y aprovecho que estás aquí para hacerte una pregunta que muchos me han hecho últimamente: «La pobreza aumenta. Necesitaremos más comida para responder a la necesidad de alimentar a muchas personas que vamos conociendo. Por

otro lado, las ayudas que recibimos están disminuyendo. ¿Qué hacemos? Es un lío, ¿cómo nos las arreglaremos?». En cambio, una de las cosas que me han impresionado siempre de cómo ha nacido vuestra experiencia en España es que lleváis la caja sin ninguna entidad que os done alimentos. ¡Entonces es posible!

**Manute (Madrid, España).** Esta caritativa es muy querida para nosotros porque nos permite ver en acto qué conciencia tenemos de la vida y de nosotros mismos. Cuando caes en la cuenta de que la mirada que tienes sobre los demás, sobre la familia a la que le llevas la caja, es la misma que tienes sobre ti, te das cuenta de que no puedes mirar al otro sin esta ternura que tienes dentro de ti. Estamos empezando a entender que la realidad es positiva porque nos permite hacer este trabajo en primer lugar sobre nosotros. Por eso todos los desafíos que encontramos en la relación con las familias son bienvenidos, porque nos permiten hacer este trabajo.

Cuando uno se mira sabiendo que soy yo el que principalmente es hecho así, nace para nosotros y para todos el abandono al designio de Otro; y se empieza a mirar todo a partir de este designio bueno que Otro tiene para mí. Porque cuando vas a llevar la caja a una familia cuya situación nunca mejora y que cada vez va a peor, o dices «eres un desgraciado» o le miras como le mira Otro. Y le puedes mirar así sólo si tú has sido ya aferrado por esta mirada. Sólo así puedes llevar esta mirada a los demás. No por la suma de todo lo que haces, sino como el designio bueno que otro tiene sobre ti.

Hemos empezado a entender que lo que dices es lo que hace respirar en la vida. Y viendo lo que le sucede a la familia a la que le llevamos la caja, el único que nos da la posibilidad de respirar es Otro; hemos hecho experiencia de que la ayuda más grande que puedes ofrecer es llevar esta mirada sobre ti y los demás. Es más que la caja o una oferta de trabajo. De aquí nace este afecto del uno por el otro. Por tanto esta caritativa nos hace mendigar esta autoconciencia, porque nos ayuda a verificar en acto la modalidad en que miramos lo que sucede. Si te ahogas, no es por las cosas negativas que suceden, sino porque no eres capaz de mirar a la otra persona dentro de la mirada más grande de Otro, como ha dicho don Eugenio: «Sólo Dios tiene tiempo para ti».

Ha sido el aprecio por esto lo que nos ha permitido hacer lo que hemos hecho. En Madrid el Banco empezó de cero: no existía, jamás se había hecho nada parecido, no teníamos ninguna relación con alguna organización que nos pudiese donar comida. Nació por el encuentro que tuve con Branco y otros amigos. Lo que me impresionó no es el bien que estaban haciendo a los demás – que era algo importante, para nada igual a cero -, sino esta autoconciencia. Era lo que quería para mí. Por tanto nació allí, a partir de la nada, con una familia. Y ahora, no sabemos ni siquiera cómo, llevamos la caja a 250 familias. Pocos hacían esta caritativa, y ahora la hacen más o menos 400 personas en toda España.

Esta autoconciencia de la que habéis hablado es lo único que nos permite arriesgar, porque no dependemos de nuestras iniciativas y de que vayan bien, sino de esta mirada que hemos encontrado. Abandonarnos al designio de Otro sobre nosotros nos hace más conscientes de nuestras imperfecciones, pero dentro de nuestra imperfección llevamos a esta Persona; esta mirada no depende de que la obra que hago vaya bien, porque soy imperfecto y, por tanto, todo lo que hago es imperfecto, pero a través de mi

imperfección pasa esta Persona que he conocido y que nos ha alcanzado a partir de los Apóstoles – y no había nadie más imperfecto que ellos -.

Saber que llevamos dentro este deseo que tienen todos y que, como dice Julián, «sólo una criatura nueva puede generar un interés por el cristianismo», nos permite salir al paso de muchos que encuentran en nosotros, a través de este gesto, una plenitud que ellos desean y nosotros sabemos dónde está. Por tanto empezamos a pedir comida a nuestros parientes, a los que trabajaban con nosotros, a nuestros vecinos. Y muchos de nosotros empezaron a dar testimonio, por lo que ahora tenemos dos almacenes llenos de alimentos que vienen de compañeros, de familiares, de los que están en nuestra oficina. Después mi amiga Mamen os contará algo precioso que está sucediendo desde hace un par de años en su puesto de trabajo. Este es el primer año que hemos hecho la Recogida de alimentos propiamente como Banco de solidaridad.

Donde vivo yo, en una urbanización en la que hay muchas familias jóvenes con niños pequeños, queríamos hacer una lotería de Navidad para recoger dinero y comprar comida. Sabía que uno de mis vecinos podía ayudarme. Así, cuando le vi, le dije: «Mira, tengo una asociación en que hacemos esto y lo otro...». Mientras le contaba sencillamente nuestra experiencia, se le abren los ojos como platos: «¿Qué haces tú?» «No, nada. Desde hace dos años llevamos la caja a 40 familias...» Y él: «¿Una caja? ¿Con comida? ¿Eso es lo que haces?». «Sí, con algunos amigos». «¿Pero cómo lo haces? ¿Cómo funciona? ¿Se lo has contado a todos los vecinos?» «No, no se lo he dicho». «¿Qué puedes contar entonces sino esto? Tienes que contarlo». «Vale, pero no voy a ir por ahí diciéndoselo a todos». «No, no. Tienes que mandar un mail a todos y contarles que recoges comida y la repartes». «Vale, pero yo mando el mail y tú me respondes para apoyarme». Mandé un mail muy sencillo, contando lo que hacíamos, y mi vecino responde: «Amigos, llevo toda mi vida deseando hacer lo que Manuel y sus amigos hacen: ayudar a los demás. Me he dado cuenta ahora de que es lo que siempre he querido hacer, pero no sabía cómo. Ahora que Manuel me ha contado lo que hace, vosotros podéis hacer lo que queráis, pero yo voy a ayudarlo. Por tanto, si queréis, podemos llevar cada jueves la comida a Manuel y él lo lleva a las familias». Y así te das cuenta de que la humanidad del otro se mueve, porque estamos hechos para el bien.

Después han sucedido otras cosas con las empresas en que trabajamos. Ahora en Navidad cogemos dos o tres furgonetas e iremos a varias oficinas, porque muchos de nosotros han contado lo que hacen y sus compañeros han empezado a ayudarles. Pero nosotros no hacemos esto para tener más comida; está claro que la necesitamos, no es que digamos «no, no nos interesa». Pero lo hacemos sólo porque nos educa a esta conciencia de nosotros mismos.

Ahora, Mamen, si quieres, puedes contar lo que está sucediendo con tus compañeros para que nos ayude a entender que lo que atrae es una criatura nueva con esta mirada. No sólo lo que se hace.

**Mamen (Madrid, España).** Cuando el Papa vino a España en el 2010, dijo que la belleza de la relación con las personas pasa a través de nuestras obras: fue a ver la Sagrada Familia de Gaudí y, después de visitarla, dijo que el diálogo entre la Iglesia y la sociedad se realiza a través de estas obras, en piedra y en vida.

Yo trabajo en una empresa de publicidad desde hace cuatro años, y había propuesto hacer un grupo de trabajo fuera del horario laboral para ayudar a la ONG CESAL; nos encontrábamos dos veces al mes, y le conté a mis compañeros más cercanos qué era el Banco de solidaridad, lo que me permitió explicar quién soy y a Quién le doy la vida. Una compañera mía, Elena – atea, como todos mis compañeros -, lleva la caja conmigo, y la primera vez, cuando salimos de la casa de la familia a la que atendemos, me abrazó y me dio las gracias porque había sido un bien para ella ir allí. Entonces me di cuenta de que todos los hombres tienen la necesidad de decir “sí” a algo que sea más que ellos mismos. Otra compañera, que es socialista y atea, me lleva una caja todos los meses a la oficina para que yo lo distribuya, le ha contado a media empresa esta experiencia y el año pasado un compañero propuso a todos donar la cesta de Navidad al Banco de solidaridad.

Este verano me diagnosticaron una enfermedad grave, y yo hablaba de la enfermedad con mis compañeros exactamente igual como los hablaba de las cosas que hago en el *Bds*. Les dije que el origen de mi tranquilidad era el mismo que me permitía hacer el resto de las cosas. Porque me no dejaban de preguntarme: «¿Cómo te las arreglas? Yo no tengo tiempo», y a mí me interesa mucho aclarar que no soy una super mujer, sino que Él es mi fuerza y mi salvación. Ahora tengo menos fuerzas por lo que me ha sucedido y hay varias cosas que no soy capaz de hacer. De modo que hace quince días me llamaron algunos compañeros y me dijeron: «Vamos a proponer a toda la empresa llevar comida en Navidad para el Banco de solidaridad». Mi empresa es una gran empresa con sede junto al Santiago Bernabeu y lleva la publicidad de muchas empresas famosas e internacionales, por lo que es muy grande, hay un gran hall en que se reciben a los clientes. Y justo ahí mis compañeros han hecho un árbol de Navidad con cajas grandes y han escrito: “Banco de solidaridad”, donde el que quiera puede dejar la comida. Cuando llegó el mail que lo explicaba a todos los empleados, me llamó mi compañera, la que lleva la caja a la oficina, y me dijo: «Este mail que ha enviado la empresa es por lo que hacemos nosotros, o mejor tú... No, no: nosotros».

Con esto quiero decir que Dios nos pide que le demos la vida en cada instante de la manera que Él decide, sin pensar que la obra que hacemos es nuestra. En la amistad con mis compañeros verifico lo que dice Julián: «Sólo una criatura nueva puede suscitar una curiosidad por el cristianismo y por esta plenitud, que uno desea alcanzar pero no sabe cómo».

**Don Eugenio Nembrini.** Esto también me impresiona muchísimo, porque lo que nos habéis contado es justo el corazón de la cuestión. El problema es sólo uno: quién soy y a quién le doy la vida. El mundo tiene necesidad de gente así. ¿Cuál es nuestra gran suerte? No, ciertamente, ser una “supermujer”, sino la ternura, la piedad de Dios por mí. El hecho de que Dios se ha interesado por mí y lo ha hecho hasta el punto que me ha hecho encontrar a un hombre, un camino, un carisma: de otro modo seríamos como todos. Somos como todos, pero dentro de un lugar, dentro de un abrazo. Usemos el término que hemos usado hoy: bajo una mirada. Esta es nuestra grandeza, amigos.

Me impresiona además una última cosa, que dejo para mí y os dejo a vosotros: fijaos que la reducción de la que habla Julián continuamente es una reducción terrible. Por

ejemplo, para nosotros, para la vida que hacemos, para el trabajo, para la caridad que estamos viviendo, reducir el gesto a lo que hacemos es sencillísimo. Reducirlo a su resultado es facilísimo (si además el resultado es bueno me hincho como un pavo).

Pero es todavía más terrible reducirlo a la emoción que el hacer un bien genera en el corazón de un hombre. Pero ellos han dicho: «No, esto no nos interesa. Quiero verificar si aquello a lo que le doy la vida es capaz de cumplir, de hacer que se viva una humanidad nueva, diferente». Esto es lo que espera el mundo, no le interesa otra cosa, no le interesa para nada nuestra caja, lo sabéis muy bien. Pero si la caja es esa inteligencia que han descrito – una inteligencia en los movimientos que hacéis (es impresionante) -, si tiene como origen una verificación que yo hago, se hace todavía más grande y más inteligente. Y sucede también que la obra se desarrolla, porque es a través de hombres así como Dios sale al encuentro de los demás. Este ha sido siempre el método de Dios: «Tomo a uno consciente de que me pertenece, para que a otro, y después a otro, y después a otro, le suceda lo mismo». «No tienen nada que comer». Y Jesús responde: «Dadles vosotros de comer». ¿Y entonces? Un hombre así, como nos han descrito esta mañana. Y qué gracia es que nuestros amigos españoles nos lo hayan recordado de una manera tan sencilla y radical.

**María (Grugliasco, Turín).** A finales de abril de este año volví otra vez a formar parte del mundo de los desempleados. Aprovechando esta circunstancia, libre de obligaciones laborales, decidí junto a dos amigas hacer parte del camino de Santiago. Hacía tiempo que las tres queríamos hacer esta experiencia y el hecho de que, en el mismo momento, nos encontrásemos en condiciones de hacerlo no podía ser una simple coincidencia.

Un mes antes de empezar la peregrinación, me diagnostican un carcinoma en el pecho. Dicen que lo imprevisto es el dedo de Dios. ¡Esta vez se ha tomado la molestia de usar toda la mano!

Fue como un relámpago en el cielo sereno que me trastornó toda la vida. Realmente somos menos que nada. Es una frase que repetimos a menudo pero sin verdadera conciencia de ella; las cosas te parecen distantes hasta que no te sucede a ti, vives lejos de ellas, casi como si no tuvieran que ver contigo. Esta vez me ha tocado a mí y me preguntaba por qué. Entendía que desde este momento mi vida ya no sería la misma. Extrañamente no estaba preocupada por lo que me habían dicho: en cambio me fastidiaba un montón no hacer la peregrinación, que tanto había esperado y deseado. ¿Qué quería de mí?

Dos días antes de la fecha que habíamos programado para salir, recibo el beneplácito de los médicos: me operarían cuando volviese. Me parecía un milagro. Ya había perdido las esperanzas y en cambio, por enésima vez, Él hace suceder lo imposible ante mis ojos.

Ha sido una de las experiencias más bonitas que he hecho en la vida. Partí con la mochila en la espalda y Él a mi lado. Percibí esta Presencia en cada paso, en cada dificultad me parecía sentir verdaderamente que me cogía de la mano. No necesitaba nada, el tumor y la operación habían pasado a segundo plano. Llegamos al Monte del Gozo, tenía Santiago ante mí, aún a unos pocos kilómetros. Empezamos la bajada que lleva a la ciudad, atravesamos el puente sobre las vías del ferrocarril, una columna de

peregrinos que de improviso cae en un silencio lleno de conmoción. Entramos en Santiago: desorden, ruidos, coches... Pero no había nada que pudiese distraer la mirada de nuestros pasos. Éramos como los Reyes Magos que seguían la estrella para llegar a Jesús. Finalmente, después de haber atravesado la ciudad, llegamos a la catedral, imponente y majestuosa, y poco después me encontraba abrazada a Santiago, llena de agradecimiento y sin creer que lo hubiese conseguido. En el camino de vuelta, parada obligada en Lourdes. ¡Quién podía acompañarnos mejor que Santiago sino María!

Me parecía imposible, pero daba gracias a Dios por lo que me estaba sucediendo. Estoy segura de que la experiencia del Camino ha sido tan profunda gracias a todo lo que he sabido antes de la partida. Creo haber adquirido una conciencia que no me permitía y no me permite ya vivir en la superficie. Me he visto obligada a rascar en el fondo de mi ser, ese mismo fondo que inconscientemente trataba de mantener a distancia, por miedo a tenerlo que afrontar, porque está lleno de verdad. La verdad última de las cosas de la vida que cuando aflora te hace difícil estar ante ella, porque te impone una elección: el miedo que inmoviliza o fiarse de Él que consigue dar un sentido a todo, incluso al sufrimiento.

La operación salió bien: el tumor estaba localizado y no había metástasis. Él único inconveniente fue el brazo derecho, que ha quedado parcialmente insensible. El cirujano me tranquiliza diciendo que es una situación transitoria, sin embargo yo no controlo los movimientos del brazo.

De improviso, los gestos y las cosas más banales, que daba por descontadas, como lavarse y vestirse, se han vuelto difíciles y fatigosas. Pero Él me sale al encuentro a través de las manos de mi madre, que me atan los zapatos, y a través de los amigos y las personas que están a mi lado. Afrontando esta circunstancia percibía una fuerza que no me pertenecía. Me daba cuenta de ello viendo el asombro de los que me venían a ver o los que me encontraba: parecía que no hubiese tenido nada.

Desde hace cuatro años llevo la caja a una “chica” de 89 años; no le había dicho nada de la operación para evitar que se preocupase. Cuando se enteró me regañó: «¿Por qué no me lo has dicho? Habría pasado la noche contigo en el hospital. Me podías haber dado la oportunidad de hacer yo algo por ti. Me da igual la caja, sólo quiero que vengas a verme, a hacerme compañía. Porque cada vez que entras en casa traes la luz».

Portadora de luz, ¿entendéis? Qué gracia inmensa y qué indigna soy de recibirla. Por lo demás, cuando voy a verla no hago nada, sino sentarme en el sofá junto a ella y escucharla; todo lo demás lo hace Él. Reconocer que soy un instrumento Suyo y darme cuenta de cómo Él sucede a través de mí, a pesar de mis debilidades e incapacidades incluso cuando siento que no soy adecuada, es algo que me desarma extraordinariamente.

Me siento como una piecicilla de un enorme puzle, que tiene la conciencia de formar parte de un diseño más grande, que se realiza sólo en el momento en que encuentra exactamente su puesto y sin el cual el diseño estaría incompleto. El uno necesita del otro para existir. Y como Él se ha dado a mí, así yo no puedo dejar de darle a Él a través de los demás. No me pide que haga milagros, de eso se encarga Él: sólo me pide que ame, como sé y puedo. El don de sí restituye a la persona la dignidad y la utilidad de la vida. Sin esto, nada tendría ya sentido. Y quedaría sólo el lamento.

**Vilma (Milán).** Yo estoy cada vez más conmovida cuando veo en acto que la gratuidad verdadera genera otra gratuidad. Desde hace diez años recojo anuncios y peticiones y las envío a través de una *newsletter*. Una persona me escribe diciéndome que, junto a cuatro amigos, buscaba un apartamento de alquiler y cuando lo encontraron estaba muy destartado. Entonces se dirigió a mí para que hiciese “girar” su petición. Gracias al anuncio recibe una llamada de la señora Mariateresa, que le quiere donar sus muebles ya que ha recibido un orden de desahucio. Lo que me impresionó (la gratuidad que genera gratuidad) es que la que puso el anuncio fue ayudar a la señora Mariateresa cuando llegó la ejecución del desahucio. Se nos había dicho que no necesitábamos militantes sino gente que diese testimonio. Estoy agradecida porque he encontrado a muchos de ellos.

**Andrea Franchi.** Uno de los encuentros más significativos que me ha sucedido en los últimos meses ha sido con un chico y una chica que, como gesto de caritativa, acompañan a una anciana con un Alzheimer avanzado que vive completamente sola. Un día los Servicios Sociales le comunican a esta mujer que le han encontrado un apartamento menos ruinoso que en el que vive. Le entregarían el nuevo apartamento el ocho de junio, pero ella tendría que abandonar el antiguo el día uno del mismo mes. Estos amigos, cuando supieron la noticia, llaman a los Servicios Sociales y preguntan: «¿Pero dónde duerme esta mujer durante siete noches?». Respuesta: «No es asunto nuestro». Entonces la chica llama a su marido, le explica la situación y deciden acoger en casa durante una semana a la mujer. Cuando el chico terminó de contarme todo lo que ha sucedido me dijo: «Bonito, ¿verdad?». Yo le respondo: «¿Qué es lo que te llama la atención?». Y él me mira como si yo fuese idiota y no entendiese las cosas obvias, y se queda en silencio.

Entonces, me vuelvo a la chica y le digo: «Pero tú, ¿qué has ganado metiendo en casa a esa mujer?». Ella me responde que ha sido la semana en que ha visto más milagros. Entonces le pido que me cuente uno. Y ella me dice: «Cuando esta mujer vino a mi casa fui presa de la angustia (interesante: uno hace caritativa, responde a una necesidad, y ¿qué experiencia hace? La angustia). Fui presa de la angustia por que los Servicios sociales me dijeron que el apartamento que le iban a dar estaba completamente vacío, sin muebles, y que ya tenían una cita con la mujer para ir a Ikea y comprar al menos una cocina. Entonces pregunté quién pagaría la cocina, porque nuestra amiga no tenía dinero. Y me dijeron que sin duda no la iban a pagar ellos, que su tarea era sólo acompañarla a Ikea». Toda la angustia de esa chica nacía de pensar que su amiga tendría que ir a Ikea y ser humillada porque no tendría dinero para pagar. «Viví esos días presa de esta angustia». Podríamos decir: angustia por hacer el bien, por responder a una necesidad. Después sigue diciéndome: «El jueves por la mañana, con esta preocupación dentro, salgo al pasillo y veo que mi vecino estaba sacando fuera el fregadero de su cocina. Le pregunto qué está haciendo y me dice que está cambiando la cocina. Le hablo de mi amiga y me dice que la cocina funciona perfectamente y está dispuesto a dármela». Entonces le pregunto: «¿Y dónde está el milagro?». Y ella me mira como me había mirado antes su amigo, como a un idiota que no entiende. «El milagro es que no

tenía la cocina y Dios me la puso en el rellano». Yo le dije que no me parecía que ese fuera el milagro. Y después: «El milagro grande es que esa mañana Jesús ha venido a ti, que estabas definida por la angustia, en el rellano y te ha dicho: mira que la respuesta a tu necesidad, como a la necesidad de tu amiga anciana, soy yo. Y te lo demuestro chasqueando los dedos y haciendo que te aparezca en el rellano una cocina. Pero no es la cocina lo que tú y ella necesitáis».

Jesús ha hecho el gran milagro a esa chica, no a la señora anciana. Porque aunque le comprase un super ático en el centro a su amiga, ella tiene el problema del que estamos hablando esta mañana: tiene el problema de tener la cara de Guglielmo.

De hecho, uno hace un gesto de caritativa y después se angustia porque no es capaz de responder a la necesidad. Porque no se parte de lo que nos hemos estado testimoniando hasta ahora.

Yo ahora relanzo el desafío, porque no se puede hacer una síntesis de una mañana como esta. Es una vida fascinante que es necesario seguir, que es necesario seguir detrás de Julián. ¿Y cómo podemos dejar de partir de la carta que ha escrito a la Fraternidad de Comunión y liberación? Parece hecha aposta para hoy.

«¿Por dónde reanudar la marcha?». ¿Por dónde reanudar la marcha? En la vida, en los problemas que tenemos nosotros, pero también las familias a las que llevamos la caja... ¿Por dónde reanudar la marcha? «Nuestra contribución sólo puede insertarse en el dinamismo que Dios pone en marcha a través de su Espíritu. “Sólo el preceder de Dios hace posible nuestro caminar, nuestro cooperar, que es siempre un cooperar, no una pura decisión nuestra. Por ello es siempre importante saber que la primera palabra, la iniciativa auténtica, la actividad verdadera viene de Dios y sólo si entramos en esta iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos nosotros llegar a ser – con Él y en Él – evangelizadores. Dios siempre es el comienzo”. Sólo quien se deja aferrar por Dios, que se ha hecho cercano en Cristo, puede responder al desafío de la nueva evangelización. “Los verdaderos protagonistas de la nueva evangelización son los santos”».

¿Hay un juicio más grande, más bello, más verdadero, para relanzarnos a este desafío fascinante que es la vida?

Gracias a todos.